

Angeles Encinar, (ed.). *Historias de detectives*.
(Barcelona: Edit. Lumen, 1998, 280 pp.)

El desarrollo del relato de índole policíaca es un hecho cultural de evidente importancia en la actualidad. Vinculado originalmente al temperamento anglosajón, ha conseguido ya una cierta consagración en las letras españolas. Buen ejemplo de ello es la presente antología de Angeles Encinar, filóloga y experta en el cuento. Recuérdense, como muestra, las ediciones de *Cuento español contemporáneo* (1993), y *Cuentos de este siglo: 30 narradoras españolas contemporáneas* (1995).

El presente volumen es una selección de once espléndidos relatos fiel reflejo de la variopinta faceta de lo policial y detectivesco. Esta es la lista de los autores que aparecen en la portada, como subtítulo de *Historias de detectives*: Manuel Vázquez Montalbán, Juan Pedro Aparicio, Marina Mayoral, Lourdez Ortiz, Isabel-Clara Simó, Soledad Puértolas, Andreu Martín, Carlos Pérez Merinero, Alicia Giménez Barlett, Mariano Sánchez Soler y Antonio Muñoz Molina.

El esquema policíaco admite múltiples y diversas variedades en su realización. Hay quienes lo elevan a metafísica, a símbolo de la condición humana, que intenta sin cesar resolver su propio enigma (Graham Greene). En otros, el humor se utiliza como elemento que humaniza la trama y deshace algunas de las convenciones más habituales (Alfred Hitchcock).

La trama policíaca tiene un carácter fuertemente cerebral. Significa la resolución de un problema, que reviste el sello de un crucigrama. Roger Caillois en su importante estudio de la novela policíaca ya subrayó este intelectualismo del género. Y cuyas conclusiones se podrían resumir así: el relato se equipara a una historia de aventuras, pero en sentido inverso; sigue el orden del descubrimiento como una arquitectura piramidal. Tiende, cada vez más, a satisfacer la inteligencia. Se aleja, por tanto, de la novela para acercarse a la matemática. Tiene por objeto demostrar, no mostrar. Llega a ser un juego de ingenio, un mecanismo intelectual que produce un placer abstracto. Todo está en

ella al servicio del hecho de que el lector tenga posibilidades de averiguar quién es el culpable. Y, a la vez, que la solución final sea sorprendente. Aunque en el fondo, más que descubrir a un culpable lo que interesa es reducir lo inexplicable a explicable; lo imposible a posible; lo sobrenatural a natural. Presenta, de este modo, la eterna lucha entre un elemento de turbulencia y un elemento de orden.

La antóloga apunta a estas breves consideraciones en su introducción en la que da una amplia "visión panorámica" del género y sus antecedentes españoles, que se remontan nada menos que a 1853, con *El clavo* de Pedro Antonio de Alarcón. Y a continuación expone una lista muy completa de los autores españoles que se han dedicado al género. Señala 1975 como la fecha emblemática para la remozada y continua dedicación a esta narrativa, época de "dignificación del género," según Vázquez de Parga. Dentro de la relación establecida, la editora destaca a Cataluña como "cantera indiscutible de este género." En el segundo apartado de la introducción se ocupa de los "autores y cuentos del presente volumen" donde señala los rasgos detectivescos de cada cuento. Cada narración está precedida por una sucinta nota bibliográfica del autor correspondiente.

Historias de detectives es un estimable compendio del relato breve policíaco o detectivesco español. Incorpora gran cantidad de temas y recursos novelísticos: fantasía, parodia, ironía, juegos lingüísticos... De algún modo se humaniza el relato negro al presentar una visión realista y crítica de la sociedad. Sus autores cultivan un género de cuento abierto al ámbito de la realidad histórico-social. Un arte en el que la exposición de lo externo no deja de estar en concordancia con la imaginada realidad interior. Se nota una voluntad de testimoniar los males y necesidades de la colectividad y de contribuir a la transformación de la realidad circundante. El lector siente que existe alguna relación entre la historia que le cuentan y su propia vida, pues los sentimientos del protagonista hallan un eco en su corazón. Estos cuentos, en realidad, ayudan a salir de uno mismo, a escapar de sus propios límites y recrearse en otros. Aunque en el fondo, las historias de esos personajes ficticios ayudan a conocerse mejor y ser más uno mismo.

Una característica fundamental de todas estas narraciones es el misterio, especie de ventana abierta a todo lo que en este mundo trasciende nuestros límites. A través de él los autores del presente estudio muestran una visión del mundo esencialmente inquietante. La vida aparece en tensión, contradictoria, al poner en cuestión la validez de todas las creencias tradicionales. Cada uno posee un lenguaje propio, muy personal, y un modo muy original de encararse con la realidad. Aciertan en la perspectiva justa resaltando así mucho mejor los valores intrínsecos de la trama.

Estos narradores, buceadores en las procelosas aguas de la condición humana "corren cortinas, abren las ventanas y dejan pasar la luz," según la hermosa frase de Charles Morgan. Si en la aldea global está ya todo homofogado porque el modelo occidental empieza ya a agotarse, y si la novela ya tiene poco

que contar de original, tal vez sea el género policíaco el único modo de contar algo, por ser uno de los grandes divertimentos de la época actual. La narrativa policíaca es, en definitiva, un puro relato de imaginación, escrito con finalidad de divertir. Desde este punto de vista enlaza con la forma de narrar más elemental la que, bajo una u otra forma, pervive y pervivirá siempre.

Angeles Encinar termina la edición a su cargo con una muy útil bibliografía, aunque se habría de incluir también obras de la trascendencia de Pedro Laín Entralgo, "Ensayos sobre la novela policíaca" en *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad*, (Madrid: Edit. Epesa, 1948), y la antología de Donald A. Yates, *El cuento policial latinoamericano*, (Méjico: Edic. de Andrea, 1964).

Alicia Ramos
St. Louis University-Madrid